



Enrique Delgado López

“José de Acosta”

p. 281-304

*Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 1: Historiografía civil*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón (coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

660 p.

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-968-36-4992-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_01/historiografia_civil.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



JOSÉ DE ACOSTA*

ENRIQUE DELGADO LÓPEZ**

Dice Enrique Florescano¹ que “los primeros cronistas de la realidad americana dedicaron partes extensas de sus obras a recoger la novedad geográfica, a nombrar y clasificar mares, costas, islas, penínsulas, cordilleras, ríos, plantas y animales [pero] la doble atención al registro del mundo natural y de los seres humanos alcanzó su punto más alto en *La Historia natural y moral de las Indias* (1590) del jesuita José de Acosta”. Lo anterior constituye la parte medular del presente trabajo, sin menospreciar de ninguna manera los aportes que hizo el jesuita al estudio de las culturas prehispánicas.

Las traducciones que se hicieron de esta obra en el siglo XVI, y que al momento continúan, muestran el éxito que implicó el estudio pormenorizado del mundo natural y moral de las Indias; y constituye “un libro capital para la comprensión e ideación de América desde Europa, obra de un racionalismo prematuro, que abrió cauces nuevos a la lógica y explicación de los fenómenos nuevos que ofrecía el recién descubierto continente”, a la vez que “contribuyó al perfilamiento y avance de la ciencia moderna”.²

Se puede hacer alusión al trabajo de Acosta destacando su planteamiento sobre el origen del hombre americano, con un análisis novedoso que incursiona dentro del panorama sociocultural de la época y se incorpora a la reflexión del estudio americano, tanto de la época como de la posteridad. Siendo así, Acosta se consolida como un

*Este trabajo es una versión sintetizada, aunque cuenta con adendas que consideré pertinentes, de un capítulo dedicado a José de Acosta que aparece en mi tesis doctoral, próxima a publicarse por la Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de San Luis Potosí y el Centro de Investigación sobre Geografía Ambiental, sede Morelia, Universidad Nacional Autónoma de México, con el título *Cultura y naturaleza. Las crónicas novohispanas como fuentes de historia ambiental, siglos XVI y XVII*.

** Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

¹ Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 259.

² José Alcina Franch, “Introducción” a José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Historia 16, 2004, p. 5.

pionero en el tratamiento del análisis comparativo, que sin olvidar su condición de religioso, lo ubica como un exponente de la ciencia moderna, como un investigador y observador de la nueva realidad. Es en este último aspecto que podemos destacar la importancia que tuvieron sus viajes al Perú y a la Nueva España como aquellos que fueron parte de su experiencia en el campo del conocimiento americano.

Acosta constituye un punto de partida para el conocimiento del Nuevo Orbe y para el establecimiento y conexión de referencias documentales que permiten vislumbrar un nuevo horizonte en la información rescatada, compilada y comparada dentro de su argumentación y postura.

La importancia de la *Historia natural y moral de las Indias* radica en que es una obra que “se adelantó en muchos aspectos a su tiempo y, por eso, influyó profundamente en el pensamiento de su época e hizo avanzar el desarrollo científico de los siglos siguientes de manera decisiva”.³

Su reflexión acerca del origen del hombre americano constituye una novedad que lo lleva a entretener, de manera lógica, conjeturas sobre el tema, dado a partir de una navegación ordenada y la unión entre tierras para su paso. De este modo, la actitud crítica de Acosta, elemento sustancial de su postura, se dirige hacia la negación de la supuesta tierra (que alguna vez mencionó Platón) de la Atlántida como un vínculo entre ambos mundos. Con ello no sólo entierra el viejo mito, sino que, primero, muestra una diversidad de posibilidades sobre el origen del hombre del Nuevo Mundo, y, segundo, plasma la idea de un nivel cultural en estos habitantes.

El jesuita marca como parte del desarrollo sociocultural de esos pueblos un evolucionismo intrínseco, mismo que impregna en su análisis y constituye “un eslabón más que enlaza el evolucionismo clásico con el de la ciencia moderna de Vico, Hegel, etcétera”. Esta postura es “la base del pensamiento evolucionista que se reafirma en la ilustración y que se halla en buena parte del pensamiento español del siglo XVI”.⁴

Otro aspecto que se vislumbra en el seguimiento que hace Acosta en su tratamiento natural y moral del mundo americano es una actitud hacia el indígena, en cuya articulación está una explicación y descripción de costumbres diferentes y ajenas a la mentalidad europea, que las valora e iguala frente a otras del enorme globo, estableciéndolas en el ámbito del linaje humano y no con el raso de bestias o como seres aparte. Así, el fraile buscó tanto el derrumbe de prejuicios hacia el

³ *Ibid.*, p. 22.

⁴ *Ibid.*, p. 27 y 28.

Nuevo Mundo, como la estructuración de otra opinión del indígena, basada ésta en la razón y en la experiencia, cualidades que le permitieron realizar un análisis detallado, lógico y crítico de la realidad observada y que lo sitúan por encima de sus contemporáneos y como pilara de la ciencia moderna.

La *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*⁵ es un compendio que recoge el estudio de las dos partes que menciona con dicho título, “la naturaleza y la historia; el mundo físico y biológico y el mundo humano o moral”,⁶ del entorno americano. Esta obra resulta de la propia estancia del jesuita en tierras americanas, misma que se extendió desde 1571 hasta 1587, lapso en el que camina con intensidad las rutas del Perú y de México, realizando diversas tareas tanto en la Compañía de Jesús, a la que él mismo pertenece, o como teólogo⁷ en el Tercer Concilio Provincial Limense⁸ o como evangelizador de pueblos americanos y que todas ellas le permitieron plasmar con su pluma agudas reflexiones sobre el continente americano en la cosmovisión occidental.

José de Acosta nació en Medina de Campo, en 1540, “a fines de septiembre o principios de octubre”,⁹ en el seno de una familia que había de tener gran relación con la orden jesuita; de hecho era motivo de orgullo para él, según Gonzalo Menéndez Pidal,¹⁰ nacer el mismo año que la compañía. Ingresa en ella el 10 de septiembre de 1552, en Salamanca; más tarde cuatro hermanos suyos harán lo mismo: Bernardino, Jerónimo, Diego y Cristóbal. Otro, éste de nombre Hernando, siguió la carrera de las armas y llegó a obtener el grado de capitán luego de participar en varias campañas europeas, siendo éstas en Italia, Flandes y Aragón. Dos de tres de sus hermanas también siguieron la vida religiosa, pero todo ello no impidió que más adelante a la familia se le tachara de llevar sangre judía.

⁵ La edición que utilizo para este trabajo es la segunda edición, preparada por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (Biblioteca Americana, 38. Serie Cronistas de Indias).

⁶ *Ibid.*, p. XXXVI.

⁷ En cuanto a su trayectoria como teólogo puede ser consultado el artículo, León Lopetegui, “Notas sobre la actividad teológica del P. José de Acosta”, *Gregorianum*, Roma, v. 21, año 21, 1940, p. 527-563.

⁸ Al respecto, véase el apéndice primero que realiza O’Gorman, *Datos biográficos*, en *Historia natural y moral de las Indias...*, p. LVII-LVIII.

⁹ *Obras del P. José de Acosta de la Compañía de Jesús*, estudio preliminar y edición de Francisco Mateos, Madrid, Atlas, 1954 (Biblioteca de Autores Españoles, t. 73), p. VIII.

¹⁰ Gonzalo Menéndez Pidal, *Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del Consejo de Indias y de los tratadistas españoles*, Madrid, Gráficas Ultra, 1944, p. 15.

A su fructífera carrera debe agregarse su lucidez e inteligencia innata, manifiestas desde su adolescencia, en la que escribe sendas obras que destacan su inclinación humanista. Es conocido que con tan sólo 15 años de edad crea “una comedia de Navidad, de un auto sobre la historia de José, y de la tragedia de Jefe”.¹¹ Además de escribir las cartas que de oficio se mandaban a San Ignacio de Loyola con informes de los sucesos, enseñó también gramática y en 1557 inició un periplo por varias ciudades de la península y en ellas su estancia nunca rebasó el año: Plasencia, Lisboa, Coimbra, Valladolid. En 1559 se instala en Alcalá de Henares para seguir estudios filosóficos y teológicos, mismos que se prolongarían hasta 1567. Estos estudios en la complutense dejarían honda huella en su pensamiento. A finales de este último año aparece en Ocaña como maestro o lector de un curso de teología. Dos años después se traslada junto con la cátedra de teología a Plasencia.

Hacia 1566 y 1567 habían partido misiones jesuitas rumbo a la Florida y al Perú. En 1568 escribe a San Francisco de Borja pidiendo misiones, solicitud que renueva al año siguiente y, por fin, es enviado al virreinato sudamericano en 1571, precisamente en junio, en la armada de Pedro Menéndez de Avilés. Sus compañeros de orden eran sólo dos: Andrés López y Diego Martínez. “Pasó al Perú, donde fue provincial”, dice el autor de la *Biblioteca americana* y “estuvo también a lo menos en las islas de la América septentrional”; lo clasifica como uno de los mejores escritores y “uno de los más excelentes historiadores de ambas Américas, cuyos climas describió admirablemente, así como sus animales, plantas y metales, y los ritos, ceremonias, leyes, gobierno y guerra de sus naturales”.¹²

En 1572 está ya en tierras americanas visitando conventos y recibiendo información de cuanto es necesario a su labor. Dos años después aprende el aymará, con el objetivo de llegar directamente a los indígenas. Del 82 al 83, asiste al concilio de Lima, tras del cual, y para dar realidad a propósitos en él formulados, consigue que el impresor Antonio Ricardo traslade su taller de México a Lima. De estas prensas saldrá en 1584 la primera obra impresa en el virreinato del Perú: su catecismo trilingüe deseado por el concilio y en el que tanto colaboró nuestro misionero.¹³

¹¹ *Obras del P. José de Acosta...*, p. VIII.

¹² José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca hispano americana septentrional o catálogo y noticias de los literatos que nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa. 1521-1850*, 8 v., México, Fuente Cultural, 1947, v. I, p. 70.

¹³ Gonzalo Menéndez Pidal, *Imagen del mundo hacia 1570...*, p. 15-16.

Durante su estancia sudamericana escribió varias obras de tipo misional, como *De promulgatione Evangelii apud barbaros: sive de procuranda indorum salute*, que sería editada años más tarde cuando se encontraba en Roma, texto que “no agradó mucho a los censores del reino, y hubo de sufrir minucioso expurgo”.¹⁴

En 1586 pasó a la Nueva España y al año siguiente regresó a su patria. En estos años escribe su *De natura novi orbis* que, con cinco libros más, escritos de recuerdos de su estancia americana, viene a constituir su *Historia natural y moral de las Indias*, que tiene ya en 1589 la aprobación firmada por fray Luis de León y que salió al público en Sevilla en 1590.

Además arregló y puso en latín los *Decretos del concilio limense III*, aprobado por autoridad del papa Sixto V e impreso por mandato de Felipe II. En 1590 salió a la luz en Roma *De Christo Revelato libri novem*, texto que contiene materias que predicó en Lima, impresa también en Salamanca, León de Francia y Venecia;¹⁵ en este mismo año publicó, también en Roma, *Pubtemporobis novissimis libri quatuor*, texto que tiene su origen en apuntes del padre Lope Delgado, quien pasara al Perú en 1581 y que tenían “interpretaciones raras y temerarias sobre el Apocalipsis”,¹⁶ por lo que fueron censuradas por el padre Acosta. Otros textos de su autoría son los siguientes: *De temporibus novissimis libri sex*. Edit, Cum Praec; *Conciones in Quadragesima*, Salamanctic, 1596; *Conciones de advente*, 1597.¹⁷

El libro tuvo un rotundo éxito. La primera edición es de Sevilla, en el año ya mencionado; la segunda, española, de Barcelona, en 1591. La de Salamanca (1595) es latina, y por esta fecha comienzan las traducciones: italiana, de Venecia, en 1596; francesa, en 1598, 1600, 1606 y 1616; inglesa, en 1604 y 1684; flamenca, en 1598 y 1624. Mientras tanto, se reeditó en Madrid en 1608 y 1610.

La obra fue compuesta en gran parte como una síntesis de recuerdos; no pretende ser una enumeración y sí “una idea de totalidad en la que los datos no son sino ejemplificaciones”, y él mismo dice que en la historia prehispánica de América “es Polo Ondegardo a quien comúnmente sigo en las cosas del Pirú; y en las materias de Méjico, a Juan de Tovar, sin otros autores graves que por escrito o de palabra me han bastante informado de lo que voy refiriendo”.¹⁸

¹⁴ *Ibid.*, p. 70.

¹⁵ Beristáin, *Biblioteca hispano americana septentrional...*, p. 70.

¹⁶ *Obras del P. José de Acosta...*, p. XXIII.

¹⁷ Beristáin, *Biblioteca hispano americana septentrional...*, p. 70.

¹⁸ Gonzalo Menéndez Pidal, *Imagen del mundo hacia 1570...*, p. 16.

La *Historia natural y moral de las Indias* fue escrita en romance y es “fruto de su admiración de la naturaleza americana y su interés por las culturas indígenas”. Puede decirse que son dos textos, la historia natural y la historia moral, esto lo debió de retomar del escrito del padre Mateos, porque “hay un lazo secreto por engloba, de fondo misionero, que las une a ambas, y es que lo natural sirva de preparación al evangelio, y el conocimiento de la naturaleza y los hombres de Indias haga más eficaz el ministerio apostólico”.¹⁹

Edmundo O’Gorman, en su prólogo a una de las ediciones de esta obra,²⁰ considera estos dos mundos diferentes, por lo que puede llamarse “la esfera de lo natural y la esfera de lo moral”. Destaca que el mundo natural abraza un gran campo de la realidad, tratado en un número de ciencias como las físico-matemáticas, químicas, geográficas, astronómicas, la biología, la botánica y la zoología. Lo moral contempla una realidad igualmente vasta como pueda ser la prehistoria, la arqueología, la mitología, la historia propiamente dicha.

Fue un estudioso de las letras grecolatinas, pero también un conocedor de las autoridades que la Edad Media le hereda y a las cuales, por mera tradición y por ser su sustento teórico primordial, no podía renunciar. Son sus bases y de ellas partió, pero igualmente puso los pilares para otras nuevas, al resultar aquéllas obsoletas ante lo que sus ojos contemplaron en el Nuevo Mundo.

Usa los escritos de Plinio, Aristóteles o de san Agustín para explicar la naturaleza del Perú o la de México, pero en más de una ocasión los argumentos que le aportan no son del todo satisfactorios y ante tal carencia, que a la postre resultará ser su gran mérito, crea un nuevo marco conceptual basado en la inducción del pensamiento, quizá en la especulación, pero separado finamente de la difusa línea que dividió por bastante tiempo al mundo científico del religioso. Su inteligencia le permitió acumular conocimientos de distinta índole, pues lo mismo supo manejar la teología que la filosofía natural, su “extraordinario acervo de conocimientos científicos que acumuló, supo exponerlo de modo armónico y elegante” en su *Historia natural y moral*. El padre Acosta es sin duda un

ilustre cosmógrafo, gran naturalista, no sólo observador que acumula y cataloga datos, sino pensador profundo que sobre ellos sabe elevarse en

¹⁹ *Ibid.*, p. XXXVIII.

²⁰ Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, 2a. ed., edición preparada por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (Biblioteca Americana, 38. Serie Cronistas de Indias), p. CVIII-CIX.

alas del pensamiento filosófico a la determinación de las causas, hasta coordinar los fenómenos y reducirlos a la unidad científica, que le han merecido con razón el título de fundador de la Física del Globo.²¹

Según José Alcina Franch,²² su afán es buscar, cuestionar y criticar cualquier teoría previamente establecida pese a la supuesta autoridad de quien la sustentase, y es su propio razonamiento lógico que lo lleva a plantear hipótesis que con el tiempo se habrán de confirmar.

Se debe recordar que el propio Acosta, en su proemio, dice que si bien se han escrito varias obras sobre “el nuevo mundo e Indias Occidentales” en las que se plasman noticias “nuevas y extrañas”, hasta ahora

no he visto autor que trate de *declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza*, ni que haga discurso o inquisición en esta parte; ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios antiguos y naturales habitantes del nuevo orbe.²³

Este párrafo no hace sino describir al propio Acosta y su obra, destaco en letras cursivas lo que representa la parte medular de su estudio, al enfrentar la novedad y las extrañezas de la tierra americana con la razón, y no con juicios sustentados en las autoridades medievales. El uso de la “razón” para explicar lo que se posa ante sus ojos implica, desde luego, toda una gama de argumentos que le brindan las autoridades grecolatinas y medievales que por fuerza tiene que usar, pero que también se precisa a cuestionar al momento en el que su experiencia le dicta que la realidad es distinta a lo que dichas autoridades escribieron.

“Declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza” es en donde radica, según Enrique Álvarez López, la originalidad y trascendencia de la obra de Acosta. No es “simplemente un zoólogo o un botánico en el sentido habitual que suele darse a estas denominaciones; el puesto preclaro de fundador de la cosmografía moderna que le asigna Humboldt no es bastante tampoco para dar idea completa y acabada de su labor: Acosta es, ante todo, un filósofo de la naturaleza”.²⁴

²¹ *Obras del P. José de Acosta...*, p. XXXVIII.

²² José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, edición, introducción y notas de José Alcina Franch, Madrid, Historia 16, 1987, p. 33.

²³ José de Acosta, *Historia natural y moral...*, proemio al lector, p. 13.

²⁴ Enrique Álvarez López, “La filosofía natural en el padre José de Acosta”, *Revista de Indias*, editada por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, año IV, n. 11, enero-marzo 1943, p. 307.

En el trabajo de Álvarez López se trata también de las similitudes entre el propio Oviedo y Acosta, e incluso lo distingue de lo que propone Bartolomé de las Casas. Respecto al obispo de Chiapas,²⁵ indica que tiene una postura ante todo apologética “que antepone a todo la exaltación con que su caridad ardiente ve las virtudes y perfecciones de los aborígenes”. Pero entre Oviedo y Acosta destaca que:

El punto de partida para los dos es el mismo: la honda crisis en que la filosofía natural y la ciencia de los antiguos quedan sumergidas ante el descubrimiento del continente americano; los hallazgos que se suceden a partir de la primera expedición colombina son suficientes para trastornar gran parte de los cimientos de una ciencia ligada por los antiguos al mundo medieval bajo la apariencia de un esquema incommovible y con ello la negación del valor de esa autoridad ilimitada y sin el contraste de la verificación y de la crítica que la Edad Media había venido otorgando a los grandes filósofos de la antigüedad.²⁶

En Oviedo, según el análisis de Álvarez López, el mundo no es la obra de un Logos; por el contrario, la naturaleza resulta de un interminable milagro, no hay ley en ella, o si existe no es alcanzable al hombre. En la naturaleza hay seres contradictorios, monstruos, porque éstas y otras cosas son posibles a la omnipotencia creadora. En cambio, en Acosta el curso del acontecer está gobernado por causas, no sólo naturales, cuyo conocimiento es asequible, sin duda a la razón humana. Este nuevo racionalismo está lejos de los argumentos formales y rígidos del sistema del mundo escolástico-aristotélico; la impugnación de la autoridad de los antiguos se basa en que la razón tiene sus límites.

Acosta impone su racionalismo ante la naturaleza americana, pero se enfrenta con una carencia total de argumentos que puedan facilitarle su tarea, por lo que él mismo tiene que elaborarlos. Ante el racionalismo que aplica para explicar la naturaleza americana y su inserción en el pensamiento occidental, cabe preguntar cuál es el papel divino en este su planteamiento, porque es un hecho que no puede negarlo; el Dios creador está vigente en él pero no contradice su afán racionalista, este dilema lo trata en los siguientes términos:

Cierto no es de pensar que hubo otra arca de Noé en que aportasen hombres a Indias: ni mucho menos que algún ángel trajese colgados por el cabello, como el profeta Abacuch, a los primeros pobladores de este mundo. Porque no se trata qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es confor-

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Ibid.*, p. 308.

me a razón y al orden y estilo de las cosas humanas. Y así se deben en verdad tener por maravillosas, y propias de los secretos de Dios ambas cosas: una que haya podido pasar el género humano tan gran inmensidad de mares y tierras; otra, que habiendo tan innumerables gentes acá, estuviesen ocultas a los nuestros tantos siglos. Porque, pregunto yo, ¿con qué pensamiento, con qué industria, con qué fuerza pasó tan copioso mar el linaje de los indios? ¿Quién pudo ser el inventor y movedor de pasaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo y con otros en este punto por muchas veces, y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga. Pero en fin, diré lo que se me ofrece: y pues me faltan testigos a quien seguir, dejaréme ir por el hilo de la razón, aunque sea delgado, hasta que del todo se me desaparezca de los ojos.²⁷

Lo anterior no se contrapone para que Amando Melón, clasifique a la *Historia natural* como una de las cuatro “obras expresivas del conocer geográfico referidas a distintos ámbitos terrestres”.²⁸ Las otras tres obras son *La suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso; *Descripción de África*, de Juan León Africano; una tercera es el *Discurso... y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China* cuyo autor es Bernardino de Escalante. Igualmente al padre Acosta lo ubica como la figura más “preeminente en la ciencia realista y etnográfica” en el siglo XVI.

Para Melón el texto es una completa sistematización de singulares hechos geográficos (Historia Natural) y etnográficos (Historia moral) del Nuevo Mundo y al interesarle explicar la “causalización de los hechos geográfico-físicos que depara el Nuevo Mundo” abre camino a la obra de Bernardo Vareño, nada más y nada menos, considerado el fundador de la moderna geografía científica. Entre la *Geographia generalis in qua affectiones generales telluris explicantur* de Vareño y la *Historia natural y moral de las Indias*

Hay ciertas coincidencias, cierta identidad de postura y hasta de expresión en algunos casos que no caben calificar de casuales, sino que inducen a suponer que el tratadista alemán estaba bien empapado en la lectura y estudio de la *Historia* del castellano de Medina de Campo.²⁹

José de Acosta, a particular modo de apreciar los hechos, se eleva como un pionero del pensamiento científico moderno. Se han mencionado los argumentos de especialistas en diversos temas que destacan

²⁷ José de Acosta, *op. cit.*, p. 46.

²⁸ Amando Melón, “El padre Acosta y significación de su historia”, *Cuadernos Hispánicos*, Madrid, n. 194, febrero de 1966, p. 271.

²⁹ *Ibid.*, p. 275.

las cualidades del jesuita en su afán, no sólo por describir la naturaleza americana, sino más bien su inserción en la cosmovisión occidental. En palabras de Esteve Barba, el evangelizador del Perú desarrolló y expuso en su obra un

método riguroso, ceñido, sistemático tan poco frecuente en los autores de su tiempo, dados por lo común a la digresión y a la divagación a base de una erudición traída a cuento con frecuencia por los cabellos pero muy aplaudida entonces por pura vanidad y deformación del gusto.³⁰

Es Enrique Álvarez López quien enfrenta este asunto cuando menciona que su pensamiento, como en general acontece, “tiene contradicciones, mismas que las considera naturales si se tiene en cuenta que es una época que pugna por romper un equilibrio asentado sobre bases más o menos débiles, pero histórica y tradicionalmente muy arraigadas”.³¹

Así, el cosmos de Acosta se constituye del sistema geocéntrico, fincado por Ptolomeo en los inicios de la era cristiana y legado a Europa, con modificaciones leves, si es que hubo alguna, a lo largo de toda la Edad Media. Parte de Aristóteles porque es su base, como autoridad que fue en el periodo en el que se escribe la obra, lo mismo pasa con san Agustín o santo Tomás, pero tiene el deseo de conocer y saber por la observación y la experiencia las cosas nuevas de las Indias, lo que lo lleva a inquirir y entender las causas naturales de tantos efectos físicos y sociales. Es ante todo un filósofo de la cosas de las Indias y tiene perfecta cuenta de que éste es el problema que aún no se resuelve. A la razón de tantas “novedades y extrañezas” hace falta la explicación filosófica que ya no alcanza para enfrentar lo que el Nuevo Mundo le ofrece al conocimiento occidental.

Esta nueva naturaleza “sale de la Filosofía antiguamente recibida y platicada [...] y los que han escrito de Indias Occidentales no han hecho profesión de tanta Filosofía, ni aun los más de ellos han hecho advertencia en tales cosas”, en referencia a contradicciones conceptuales que han enfrentado los que como él han venido al Nuevo Mundo

Deseando, pues, yo tener alguna más especial noticia de sus cosas, hice diligencia con hombres prácticos y muy versados en tales materias, y de sus pláticas y relaciones copiosas pude sacar lo que juzgué bastar para dar noticia de las costumbres y hechos de estas gentes. Y en lo natural de aquellas tierras y sus propiedades con la experiencia de muchos años, y

³⁰ José de Acosta, *Historia natural y moral...*, Historia 16, p. 33.

³¹ Álvarez López, “La filosofía natural...”, p. 312.

con la diligencia de inquirir, discurrir y conferir con personas sabias y expertas; también me parece que se me ofrecieron algunas advertencias que podrían servir y aprovechar a otros ingenios mejores, para buscar la verdad, o pasar más adelante, si les pareciese bien lo que aquí hallasen. Así que aunque el mundo nuevo ya no es nuevo, sino viejo, según hay mucho dicho, y escrito de él, todavía me parece que en alguna manera se podrá tener esta Historia por nueva, por ser juntamente Historia, y en parte Filosofía, y por ser no sólo de las obras de naturaleza, sino también de las del libre albedrío, que son los hechos y costumbres de hombres. Por donde me pareció darle nombre de *Historia natural y moral de las Indias*, abrazando con este intento ambas cosas.³²

De esta manera, con las ideas de los antípodas y la inhabitabilidad del mundo tropical, se escriben los primeros libros de la *Historia natural y moral de las Indias*. Se debe seguir a Acosta cuando expone los cuestionamientos acerca de la habitabilidad del continente americano, pero no sólo de esta parte del mundo sino de todo el orbe como creo que lo voy a plantear. El punto está ligado con la distribución de aguas y tierras así como las distancias que separan las tierras emergidas, sean estas islas o continentes, y también con las migraciones, entre otros factores.

Su punto de partida son los escritos por él conocidos; uno de ellos, de Lactancio, razona sobre el tema de la redondez del mundo señalando que “si es el cielo redondo, el sol y las estrellas habrán de caerse cuando se trasponen, y levantarse cuando van al medio día; y que la tierra está colgada en el aire; y que los hombres que moran de la otra parte de la tierra, han de andar pies arriba y cabeza abajo; y que las lluvias allí no caen de lo alto antes suben de abajo”; sobre ello Acosta no hace sino subrayar que tales planteamientos son “monstruosidades, que aun decirlas provoca a risa”.

En Aristóteles encuentra otra razón para negar la existencia de antípodas en tanto que pasaron de un mundo a otro, pero agrega otro punto al hecho de cruzar el extenso mar, el calor “de la región que llaman tórrida o quemada,” que era tan excesivo, “que no consentía, ni por mar ni por tierra, pasar los hombres, por atrevidos que fuesen, de un polo al otro polo”.

Porque, aun aquellos filósofos que afirmaron ser la tierra redonda, como, en efecto, lo es, y haber hacia ambos polos del mundo tierra habitable, con todo eso negaron que pudiese habitarse del linaje humano la región que cae en medio, y se comprende entre los dos trópicos, que es la mayor

³² José de Acosta, *Historia natural y moral...*, p. 13-14.

de las cinco zonas o regiones en que los cosmógrafos y astrólogos parten el mundo. La razón que daban de ser esta zona tórrida inhabitable era el ardor del sol, que siempre anda encima tan cercano y abrasa toda aquella región, y, por el consiguiente, la hace falta de aguas y pastos.

Sigue Acosta con el análisis de Aristóteles y destaca que la razón enseña que “la latitud y ancho de la tierra que se habita tiene sus límites, pero no puede toda esta tierra habitable continuarse entre sí, por no ser templado el medio. Porque cierto es que en su longitud, que es de oriente a poniente, no tiene exceso de frío ni de calor, pero tiénele en su latitud, que es del polo a la línea equinoccial, y así podría, sin duda, andarse toda la tierra en torno por su longitud, si no lo estorbase en algunas partes la grandeza del mar que la ataja”.

En Plinio encuentra el modelo del mundo con antípodas en la zona templada, pero inhabitable la región de la zona tórrida; de esta manera en el mundo

hay cinco partes que se llaman zonas, todo lo que está situado en los dos extremos en torno a ambos polos (éste que se llama el de los Siete Triones y el otro que es opuesto a éste y se denomina Austral) está cubierto por un hielo eterno y un frío terrible; en ambos lados hay tinieblas perpetuas y una luz débil, sólo blanquecina por la escarcha porque los astros benignos desvían su mirada desde allí. Por el contrario, la zona de la tierra, por donde pasa la órbita del sol, es tórrida al quedar abrasada por sus llamaradas y quemada por el calor que se le da de cerca. Sólo las dos zonas de su alrededor entre la tórrida y la fría, son templadas, y éstas no se comunican entre ellas por causa del calor de los astros. Por eso, el clima le quita tres partes a la tierra, lo que le roba el océano permanece en duda.³³

El orbe entonces está dividido en zonas geográficas perfectamente delimitadas por el clima, en eso no hay duda particularmente por la cercanía al paso de los rayos solares. Y en cada uno de los hemisferios está presente una zona en donde las variaciones climáticas permiten el temple de la tierra; en el verano los calores intensos y en el invierno los fríos extremos hacen que el hombre esté en constante actividad, manteniendo así su ingenio. Argumento igualmente muy dilucidado desde siglos atrás, contrario a los seres de otras zonas que se caracterizan por tener otros rasgos; de esta manera, al centrarnos en la zona tórrida, ésta es inhabitable por naturaleza, “abrasada por llamaradas y quemada por el sol”. La experiencia demostró lo contrario, puesto

³³ *Ibid.*, p. 427-428.

que el habitante de las zonas templadas, en este caso el español, ha sentido la bonanza de los climas ubicados en la zona tórrida.

En su libro segundo, Acosta indica que la mayor parte de este Nuevo Mundo se ubica debajo de la región llamada *tórrida zona*, la cual desde tiempo atrás los antiguos la consideraron inhabitable, pero que en realidad, con la experiencia ya de por medio, guarda tantas cualidades que se hace necesario conocerlas.

Al exponer su razonamiento no se guía por lo que dijeron los antiguos, sino que los refuta con “la verdadera razón y cierta experiencia”. Para negar la habitabilidad, el pensamiento grecolatino parte de un principio, tan simple como es “que el sol con llegarse calienta, y con apartarse enfría”; de esto se deduce la temperatura de las tierras del norte, más frías, porque se alejan de los rayos del sol y, conforme llegan al Ecuador, la temperatura aumenta. La autoridad de la que se sirve es Aristóteles. Pero añadieron a tal idea el hecho de que la *tórrida zona* era también seca y por lo tanto carente de aguas y pastos. Todo ello traía como resultado la inhabitabilidad de dicha zona, por ser “muy incómoda y contraria a la habitación humana”. Pero tal razonamiento es equivocado,

porque la región media, que llaman tórrida, en realidad de verdad la habitan hombres, y la hemos habitado mucho tiempo, y en su habitación muy cómoda y muy apacible, para explicar el error de los antiguos, parte, como es su costumbre, de la explicación que dieron los antiguos sobre el tema, con el fin de “dar la propia razón conforme a buena filosofía”. La tórrida es húmeda y cálida, y su calor, por la mayor parte, no es excesivo, sino templado, cosa que se tuviera por increíble si no la hubiéramos asaz experimentado. Pero hay en ella gran diversidad, y no es en todas partes de un tenor; en partes es la tórrida zona muy templada, como en Quito y los llanos del Perú; en partes muy fría, como en Potosí, y en partes es muy caliente, como en Etiopía y en el Brasil y en los Malucos.³⁴

Parten los antiguos de una equivocación, y es la concerniente a que la sequedad se debe a la cercanía del sol, y esto lo refuta ya con la experiencia, al señalar que la parte del año es más sereno y sin lluvias cuando el sol anda más apartado y sucede lo contrario cuando está la lejanía solar, pero el trópico tiene abundancia de agua, contrario a la mencionada sequedad con la que estigmatizó el pensamiento antiguo a esta zona tórrida. Menciona que prueba de ello es que existen grandes y fabulosos ríos, ya incluso reconocidos por los españoles, tan anchos que parecen mares y no por eso niega las excepciones que la naturaleza

³⁴ José de Acosta, *Historia natural y moral...*, p. 77.

quiso dar a la regla dicha, haciendo algunas partes de la tórrida sumamente secas.

Muy al contrario de que el trópico era por sus propias características estéril, habla de una frescura de la zona tórrida, la cual se debe a la abundancia de agua, manifestada también en la humedad y en la lluvia, y esta última surte el efecto de frondosidad. El agua, por su naturaleza, es un elemento frío y aunque por “la fuerza del fuego se calienta, pero no deja de templar el ardor, que se causará de los rayos del sol puro”. Mas siendo universales y comunes las dos propiedades a toda la región tórrida, y con todo eso habiendo partes en ella que son muy cálidas y otras también muy frías, y, finalmente, “no siendo uno el temple de la tórrida y equinoccial sino que un mismo clima aquí es cálido, allí frío, acullá templado”.

Por lo tanto, plantea lo que seguramente el pensamiento antiguo no concibió, y es el hecho de que la naturaleza no se puede reducir a reglas, porque es indudable que se pensó en la sequedad de la tórrida, pero su experiencia le demuestra que existen partes en donde abunda el agua y otras en las cuales la sequedad es total.

La diversidad de los climas o de las condiciones se explican en el pensamiento de Acosta de acuerdo con tres causas ciertas y claras, y otra cuarta oculta, pero que bien se pueden aplicar a cualquier tipo de clima. Para él, el océano constituye una de dichas causas; otra es la postura y el sitio de la tierra; la tercera, la propiedad y naturaleza de diversos vientos. Fuera de estas tres, que las tengo por manifiestas—dice el jesuita— sospecho que hay otra cuarta oculta, que es propiedad de la misma tierra que se habita y particular eficacia e influencia de su cielo.

Sobre el mar destaca su vecindad, que con certeza ayuda a templar y refrigerar el calor. Explica que con la profundidad del mar no hay lugar para que el agua se caliente con el calor del sol, de la manera que se lo hacen las aguas de ríos. En esto consiste la propiedad del océano para templar y refrescar las altas temperaturas a las que fue sometida la zona tórrida por los antiguos.

El caso de los vientos sirve, igualmente, para ejemplificar la mencionada diversidad; ellos tienen “sus propiedades y diversos principios con que obran diferentes efectos, y muchas veces contrarios a lo que la razón y curso de tiempo piden”. Contribuyen a la templanza de la región, pues por esencia es muy fresco y apacible. Y la noche modera y corrige tan bravos ardores del sol y por beneficio del aire fresco y apacible recibe la tórrida “tal templanza, que, siendo para los antiguos más que horno de fuego, sea para los que ahora la habitan más que primavera deleitosa”. Cuando cesa el beneficio del viento fresco es tan

grande el ardor del sol, que, aunque sea en medio de nieves, abrasa; “en volviendo el frescor del aire, luego se aplaca todo el calor, por grande que sea”.

Para él, si algún paraíso existe en la tierra se debe ubicar en la tórrida zona, donde se goza temple suave y apacible, gozando de un cielo y aire suave, sano y alegre. Y es un espacio habitable para el hombre alejado de condiciones de “pesadumbre y pena”, que se dan con tener un “cielo y aire contrario y pesado y enfermo”.

El aire es importante para lograr estas condiciones de habitabilidad, y en él se deja sentir una influencia hipocrática cuando recobra la importancia del aire, al indicar que

está claro que de los elementos ninguno participamos más a menudo, ni más en lo interior del cuerpo, que el aire. Este rodea nuestros cuerpos, éste nos entra en las mismas entrañas y cada momento visita el corazón, y así le imprime sus propiedades. Si es aire corrupto, en tantico mata; si es saludable, repara las fuerzas; finalmente, sólo el aire podemos decir que es toda la vida de los hombres.³⁵

La aparición de un Nuevo Mundo o de Otro Mundo, además de la perplejidad, debió sugerir multitud de dudas; significó el rompimiento de la isla de la tierra, y los habitantes que fueron imaginados de una u otra forma, ceden su lugar a seres de carne y hueso que por alguna circunstancia quedaron fuera de la mano de Dios. Lógicamente que esta novedad abre también otras puertas para inducir planteamientos acerca de la posibilidad de más tierras. Y este punto lo abordará en los siguientes términos.

El punto de partida es que el cielo envuelve a todo el mundo; ningún rincón queda descubierto. Es un hecho que no da lugar a discusión. En cambio, en el esquema del planeta las aguas y las tierras guardan proporciones totalmente diferentes, sobre todo en lo relacionado con las formas y las distancias que separan unas tierras de otras; las dos son esferas, tal y como lo sostuvieron autores antiguos en los que se basa el jesuita, particularmente Plutarco, con “demostraciones certísimas se prueba”.

El pensamiento antiguo defendió la idea de que “la mar ocupa toda la parte que cae al polo antártico o sur, de tal modo, que no deje lugar alguno a la tierra por aquella banda, según que san Agustín, doctamente arguye, contra la opinión de los que ponen antípodas”. La noción de que no existe tierra en el hemisferio sur es una de las tantas cuestiones

³⁵ José de Acosta, *Historia natural y moral...*, p. 85.

que se plantearon; sólo el mar subsistía de acuerdo con este modelo y, por lo mismo, la existencia de los antípodas se sujetó a discusión.

Pero estos modelos nunca fueron debatidos por la experiencia, sólo se plasmaron en el papel y no es sino hasta el siglo XVI que sucumben. Acosta trata el tema con el argumento irrefutable de la experiencia y, destacando la Magna Obra, dice que, si bien la mayor proporción del mar está en el polo antártico, “no es toda ella, antes hay tierra, de suerte que a todas partes del mundo la tierra y el agua se están como abrazando, y dando entrada la una a la otra”.

Con ello intenta ordenar la geografía mundial, demuestra de una vez y para siempre que existen tierras, aunque en menor o mayor proporción, en ambos hemisferios. Se convierte en un hecho irrefutable y, no sólo eso, concibe una distribución de tierras y aguas en el mundo; al respecto advierte que

así en lo que he navegado como en lo que he entendido de relaciones de otros, que nunca la mar se aparta de la tierra más de mil leguas, sino que donde quiera, por mucho que corre el océano, no pasa de la dicha medida. No quiero decir que no se navegan más de mil leguas del mar océano, que esto sería disparate, pues sabemos que las naves de Portugal navegan cuatro tanto y más, y aun todo el mundo en redondo se puede navegar por mar, como en nuestro tiempo lo hemos ya visto, sin poderse dudar en ello. Mas lo que digo y afirmo es que en lo que hasta ahora está descubierta, ninguna tierra dista por línea recta de la tierra firme o islas que le caen más cerca, sino a lo sumo mil leguas, y que así entre tierra y tierra nunca corre mayor espacio de mar, tomándolo por la parte que una tierra está más cercana de otra, porque del fin de Europa, y de África y de su costa no distan las Islas Canarias y las de las Azores, con las del Cabo Verde, y las demás en aquel paraje, más de trescientas o quinientas leguas a lo sumo de tierra firme.³⁶

Teniendo como base este razonamiento dedujo la existencia de otro continente:

Y porque se ha observado y se halla así, que donde quiera que hay islas, muchas y grandes, se halla no muy lejos tierra firme, de ahí viene que muchos, y yo con ellos, tienen opinión que hay cerca de las dichas islas de Salomón tierra firme grandísima, la cual responde a la nuestra América por parte del poniente, y sería posible que corriese por la altura del sur hacia el estrecho de Magallanes. La Nueva Guinea se entiende que es tierra firme, y algunos doctos la pintan muy cerca de las islas de Salomón.³⁷

³⁶ *Ibid.*, p. 26.

³⁷ *Idem.*

Algunos autores, entre ellos Esteve Barba³⁸ y Alcina Franch,³⁹ opinan que Acosta intuyó la existencia de un continente justo enfrente de la costas de Chile; es de suponer que se trata de la actual Australia, lo cual es factible cuando habla de Nueva Guinea al decir que “se entiende que es tierra firme”.

Este razonamiento lo ha elaborado de su experiencia, de pláticas que ha sostenido con marinos o con personas conocedoras del tema y de su propio conocimiento de los clásicos. Pero más allá de esta postura, lo que pretende demostrar es que el mundo tiene un orden perfectamente preestablecido, y que la Magna Obra guarda una proporcionalidad que no es factible alterar pero sí descubrir, integrar. La defensa de la obra divina queda manifiesta al oponerse tajantemente a la apertura de un canal en el istmo panameño, entre las ciudades de Nombre de Dios y Panamá, que “no distan más de siete leguas”. Al respecto dice que

Han platicado algunos de romper este camino de siete leguas y juntar el un mar con el otro, para hacer cómodo el pasaje al Perú, en el cual dan más costa y trabajo dieciocho leguas de tierra, que hay entre Nombre de Dios y Panamá, que dos mil y trescientas que hay de mar. A esta plática no falta quien diga que sería anegar la tierra, porque quieren decir que el un mar está más bajo que el otro, como en tiempos pasados se halla por las historias haberse dejado de continuar por la misma consideración el mar Rojo con el Nilo, en tiempo del Rey Sesostris, y después del Imperio Otomano. Más para mí tengo por cosa vana tal pretensión, aunque no hubiese el inconveniente que dice, el cual yo no tengo por cierto: pero es lo para mí, que ningún poder humano bastará a derribar el monte fortísimo e impenetrable que Dios puso entre los dos mares, de montes y peñas durísimas, que bastan a sustentar la furia de ambos mares. Y cuando fuese a hombres posible, sería, a mi parecer, muy justo temer del castigo del cielo querer enmendar las obras que el Hacedor, con sumo acuerdo y providencia, ordenó en la fábrica de este universo.⁴⁰

Acosta habla de dos grandes maravillas de su época, éstas se reducen al desarrollo de la navegación, capaz de cruzar “el mar océano con gran facilidad y gozar los hombres en la tórrida zona de lindísimo temple, cosas que nunca los antiguos se pudieron persuadir”. La navegación como tal viene a impresionar al jesuita porque gracias a ella el mundo se ha descubierto y, además, está unido por el camino del mar. Esto es relevante y lo vuelvo expresar porque dicho camino, según

³⁸ Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1970, p. 119.

³⁹ José de Acosta, *Historia natural y moral...*, Historia 16, p. 35.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 108.

Acosta, nunca rebasa las 900 leguas. Pero las dos maravillas se conjugan en un problema que Acosta lo sabe enfrentar de una manera puramente geográfica.

Lo expresa en palabras del propio san Agustín y hace referencia a la inmensidad del océano y al linaje humano del Nuevo Mundo. No se niega que “sabemos de cierto que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes” y no encuentra solución de momento para explicar el origen de tal acontecimiento, ya que como cristiano y doctor de la Iglesia, Acosta debe partir del origen adánico del género humano. El problema es serio pues implica, por un lado, la ignorancia de la Iglesia católica de los indios americanos y, por otro, si provienen de Adán, cómo es que pasaron a estas tierras. Centrado en la segunda cuestión en donde la navegación está latente, se pregunta;

¿Con qué pensamiento, con qué industria, con qué fuerza pasó tan copioso mar el linaje de los indios? ¿Quién pudo ser el inventor y movedor de pasaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo y con otros en este punto por muchas veces, y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga.⁴¹

El origen lo centra así: “vinieron por mar o por tierra; y si por mar, o acaso o por determinación suya: digo acaso, echados con alguna gran fuerza de tempestad, como acaece en tiempos contrarios y forzosos: digo por determinación que pretendiesen navegar e inquirir nuevas tierras”.

La explicación que brinda para satisfacer la llegada por mar es verdaderamente erudita. Expone argumentos en los cuales vierte su experiencia y toda su reflexión sobre el asunto. Pero lo hace de una manera novedosa, en donde la geografía juega un singular papel, de ahí que la navegación se convierta, en Acosta, en uno de los temas que más desarrolla y en el que demuestra su perspicacia para enfrentar el asunto. Lejos está el milagro como fuente de explicación, o bien los indicios bíblicos, de tal suerte que abre el abanico al cúmulo de posibilidades que, primero, su imaginación le dicta.

La navegación implica un arte, una técnica y una ciencia. Se requiere de pilotos y del conocimiento del cielo, el uso de la piedra imán y de la aguja de marear; de velas y de barcos adecuados para surcar el inmenso océano. Pero a tal hecho contraponen de inmediato que los indios y los antiguos europeos no alcanzaron dicho conjunto de técnicas, por lo que es factible pensar que no se pudo llegar navegando a la manera de los marinos del siglo XVI.

⁴¹ *Ibid.*, p. 46.

Le fascinan las propiedades de la piedra imán y señala que los antiguos no la conocieron por el hecho de que no la mencionan; pero la piedra imán permite viajes a grandes distancias y a diversas partes del mundo, “con tanta facilidad como se va el labrador de su aldea a la villa”. Con ella se abre el camino en el océano “por haberle el altísimo Criador comunicado tal virtud, que de solo tocarla el hierro, queda con la mira y movimiento al Norte, sin desfallecer en parte alguna del mundo”. Se maravilla del poder divino que otorgó a tan pequeña piedra para el dominio del inmenso mar “y obligue al abismo inmenso a obedecer” y que a la postre permitió que se descubriesen las Indias y, con ello, tantas almas accedieran al conocimiento de Cristo.

Otra hipótesis que expone es que pudieron llegar por mero accidente, esto es por fuerza de las tormentas, que de hecho es posible, atendiendo incluso a la leyenda del piloto anónimo,⁴² que brindó a Colón los reportes de un viaje en el cual se registraron las tierras americanas. Tal accidente pudo ser por parte de otros navegantes europeos o africanos con lo cual es “probable de pensar, que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar”.

Pero a la vez que trata del problema del origen del hombre, el cual reduce a una migración, planteada hasta el momento por mar, no descuida el origen mismo de “bestias y alimañas, que cría el nuevo orbe, muchas y grande, no sé cómo nos demos maña a embarcarlas y llevarlas por mar a las Indias”. Y desde luego que parte del argumento que salieron avante del diluvio universal y que del monte Ararat emigraron a estas tierras. El asunto se plantea en dos vertientes, en los animales prácticamente de provecho; una de ellas no sugiere en sentido estricto ningún problema pues de antemano se sabe que fueron trasladados por los españoles por barco y, la otra, está planteada en términos de los animales que no son de provecho, que por lo mismo sí plantea un fuerte conflicto pues la pregunta acerca del cómo fueron trasladados a tierra americanas no tiene ninguna respuesta. Limitado todavía más el problema, Acosta no duda en descartar a los insectos, ranas y ratones y otros animales imperfectos que se engendraron en la tierra, pero aquellos denominados perfectos como son los leones, tigres y lobos, cómo fue que se engendraron.

Ante este cúmulo de dudas queda un camino por recorrer para encontrar estas explicaciones, de carácter geográfico ante todo, pues

⁴² Para la leyenda del piloto anónimo, se puede consultar a Edmundo O’Gorman, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del mundo y del sentido de su devenir*, 2a. ed., México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 18.

este problema lo lleva a “que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe”. Según su opinión

la una tierra y la otra en alguna parte se juntan, y continúan, o a lo menos se avecinan y allegan mucho. Hasta ahora, a lo menos no hay certidumbre de lo contrario. Porque al polo ártico, que llaman norte, no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra: y no faltan muchos que afirman, que sobre la Florida corre la tierra larguísicamente al septentrión, la cual dicen que llega hasta el mar Seítico, o hasta el Germánico. Otros añaden que ha habido nave que, navegando por allí, relató haber visto los Bacallaos correr hasta los fines cuasi de Europa. Pues ya sobre el cabo Mendocino en la mar del sur, tampoco se sabe hasta dónde corre la tierra, mas que todos dicen que es cosa inmensa lo que corre. Volviendo al otro polo del sur, no hay hombre que sepa dónde para la tierra, que está de la otra banda del Estrecho de Magallanes. Una nao del Obispo de Plasencia, que subió del Estrecho, refirió que siempre había visto tierra, y lo mismo contaba Hernando Lamero, piloto, que por tormenta pasó dos o tres grados arriba del estrecho. Así que ni hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación, u opinión de que toda la tierra se junta, y continúa en alguna parte, a lo menos se allega mucho [...].⁴³

Las tierras continentales, según lo planteado, pueden estar unidas en algún punto, tanto en el norte como en el sur. Hacia el septentrión no habían sido totalmente exploradas, ni en el Atlántico ni en el Pacífico o Mar del Sur. En el hemisferio austral existía la posibilidad de que se extendieran a la manera en que fueron representadas en los mapas de tradición ptolemaica, en donde África se une con América o más exactamente, con una cuarta península,⁴⁴ que sería más tarde identificada con las indias occidentales.

Se ha seguido en las ideas de Acosta una hebra que se inicia desde la antigüedad hasta el siglo XVI. En ellos la zona tórrida es inhabitable y luego se convierte en una región del mundo en la que han florecido pueblos que merecen la admiración de los europeos. José de Acosta trata precisamente de insertar en la cultura occidental a este mundo nuevo, en términos de una relación con Europa que no rebasa, para su tiempo los 150 años, pero viejo por sus habitantes y sus culturas. El tema de las migraciones forma parte de este afán del jesuita, porque igualmente tiene de fondo el tema filosófico que plantea el

⁴³ *Ibid.*, p. 56.

⁴⁴ Al respecto se puede consultar a Salvador Álvarez, “Tierras imaginadas, tierras en imágenes: la geografía asiática del Nuevo Mundo en la cartografía del descubrimiento”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad...*, México, El Colegio de Michoacán, v. XIX, n. 75, verano, 1998, p. 59-110.

autor, bien dice Aguirre⁴⁵ que para un buen filósofo, la cuestión del origen implica una cuestión de naturaleza y no puede aclararse sin que se resuelva ésta.

Como buen conocedor de las letras clásicas no deja suelto algún argumento acerca de la posibilidad del conocimiento de América entre los antiguos y con ello el poblamiento de este continente. En este caso analiza la obra de Platón, que por lo demás no tiene “tanta reverencia”, con su Atlántida⁴⁶ en intento por encontrar una teoría convincente sobre el origen del hombre americano que lógicamente desecha, pues las considera de burla. Igualmente no se olvida del posible origen judío de los indígenas.

Se percata de lo imposible que es averiguar el origen de los indios, debido a una cuestión por demás histórica, pues, al carecer de documentos, de registros, el problema se agudiza y “así no puede escapar de ser tenido por hombre temerario y muy arrojado el que se atreviere a prometer lo cierto de la primera origen de los indios, y de los primeros hombres que poblaron las Indias”.

Finalmente, concluye que el paso pudo ser paulatino, ayudando a ello la vecindad de tierras, la navegación y, algo verdaderamente singular, un origen múltiple, al señalar que, al existir multitud de naciones, “bien podemos creer, que unos de una suerte, y otros de otra se vinieron en fin a poblar”. Y llega a la conclusión de que

el nuevo orbe e Indias occidentales, no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores, que no gente de república, y pulida; y que aquéllos aportaron al nuevo mundo, por haberse perdido de su tierra o por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra, y que hallándola comenzaron poco a poco a poblarla, no teniendo más ley que un poco de luz natural, y esa muy oscurecida, y cuando mucho algunas costumbres que les quedaron de su patria primera.⁴⁷

⁴⁵ E. Aguirre, “Una hipótesis evolucionista en el siglo XVI. El padre José de Acosta, S. I., y el origen de las especies americanas”, *Arbor*, Madrid, 36, 1957, p. 176-187, p. 178.

⁴⁶ Platón menciona, en su *Timeo*, que “en aquella época se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico [...]. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aun ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad”. Platón, *Diálogos*, Madrid, Gredos, 2000, t. VI, p. 161-162.

⁴⁷ José de Acosta, *op. cit.*, p. 63.

Si se pudiera resumir el pensamiento de Acosta en una palabra, ésta sería modernidad. En ella se encierra una serie de planteamientos que incluso fueron rescatados en ulteriores tiempos. Si sus razonamientos son ricos, la manera en que los desarrolla sólo demuestra erudición. Con un manejo firme de las autoridades intelectuales de su tiempo, sabe plasmar sus reflexiones sobre la naturaleza americana. Reflexiona pausadamente sobre diversos aspectos que observa, y dichas reflexiones las encauza por el camino del razonamiento; pausadamente parte del análisis de lo que dijeron los antiguos, de lo que se escribe en los sagrados textos, y luego cuando los argumentos de esta naturaleza no alcanzan a satisfacer su curiosidad intelectual, plantea los que su experiencia y razón le dictan.

No en balde habla magistralmente sobre la imaginación y sus implicaciones sobre estos nuevos razonamientos que le toca construir, habla de ella como una herramienta para todo aquel que quiera acercarse a la explicación natural de las cosas, sin olvidarse del marco que encierra toda obra, Dios. Concibió otro continente, un estrecho o un paso natural para una migración del hombre, porque no era posible que el americano fuera autóctono. Para ello desechó varios argumentos, tanto religiosos como naturales. Razonó sobre la posibilidad de una navegación sin cartas de marear o sin la piedra imán y concluyó que no era posible, pero más aún pues planteó el paso natural en algún lugar del extremo norteamericano.

Es evidente que los sagrados escritos no respondieron a las dudas que suscitaron las nuevas tierras y éste es otro gran mérito del padre José de Acosta, quien con su *Historia natural y moral* aborda las primeras explicaciones sobre un nuevo continente y una nueva población hasta entonces desconocida para la cultura occidental.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, José de, *De procuranda indorum salute*, estudio preliminar por Luciano Pereña, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944.

———, *Historia natural y moral de las Indias*, edición, introducción y notas de José Alcina Franch, Madrid, Historia 16, 1987.

ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, edición preparada por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de

- Cultura Económica, 2a. ed., 1985 (Biblioteca Americana, 38. Serie Cronistas de Indias).
- AGUIRRE, E., "Una hipótesis evolucionista en el siglo XVI. El padre José de Acosta, S. I., y el origen de las especies americanas", *Arbor*, Madrid, t. 36, n. 134, febrero, 1957, p. 176-187.
- ÁLVAREZ, Salvador, "Tierras imaginadas, tierras en imágenes: la geografía asiática del Nuevo Mundo en la cartografía del descubrimiento", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, v. XIX, n. 75, verano, 1998, p. 59-110.
- ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique, "La filosofía natural en el padre José de Acosta", *Revista de Indias*, año IV, n. 11, enero-marzo 1943.
- ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel, *La conquista de la naturaleza*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993.
- BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca hispano americana septentrional o Catálogo y noticias de los literatos que nacidos o educados o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa. 1521-1850*, 5 v. en 2, México, Ediciones Fuente Cultural, 1947, v. I.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, edición, introducción y notas de José Miranda, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (Serie Cronistas de Indias).
- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GLACKEN, Clarence J., *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, prólogo de Horacio Capel, Barcelona, Ediciones El Serbal, 1996.
- IVANHOE, Francis, "El padre José de Acosta, cronista de Indias", *Historia Mexicana*, n. 65, v. XVII, julio-septiembre 1967, p. 126-145.
- LOPETEGUI, León, "Notas sobre la actividad teológica del P. José de Acosta", *Gregorianum*, Roma, v. 21, año 21, 1940, p. 527-563.
- LÓPEZ MEDEL, Tomás, *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*, edición y estudio preliminar de Berta Ares Queija, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- MELÓN, Amando, "El padre Acosta y significación de su historia", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n. 194, febrero 1966, p. 271-283.



MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo, *Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del consejo de Indias y de los tratadistas españoles*, Madrid, Gráficas Ultra, 1944.

Obras del P. José de Acosta de la Compañía de Jesús, estudio preliminar y edición de Francisco Mateos, Madrid, Atlas, 1954 (Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días).

PINTA LLORENTE, Miguel de la, *Actividades diplomáticas del P. José de Acosta. En torno a una política y a un sentimiento religioso*, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, Escuela de Historia Moderna, 1952.

PLINIO el Viejo, *Historia natural*, introducción general Guy Serbat, trad. y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas y otros, Madrid, Gredos, 1995 (Biblioteca Clásica Gredos).

PLINIO, *Historia natural*, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaría, Susana González Marín y Eusebia Tarriño, Madrid, Cátedra Letras Universales, 2002.